



Julian Barnes

Biografía

El novelista Julian Barnes nació en Leicester el 19 de enero de 1946 y se educó en la City of London School y el Magdalen College, Oxford. Tras trabajar como lexicógrafo en el *Oxford English Dictionary*, inició su carrera de periodista como crítico en el *Times Literary Supplement* y posteriormente fue editor participante en el *New Review* en 1977. Asimismo fue editor literario asistente y crítico de televisión para la revista *New Statesman* (1977-81) y subdirector literario del *Sunday Times* (1980-82), antes de convertirse en crítico televisivo del periódico *The Observer*, donde trabajó hasta 1986. Fue corresponsal en Londres para la revista *New Yorker* (1990-95). Una recopilación de estos artículos se publicaron bajo el título *Letters from London 1990-95* (1995).



La primera novela de Barnes, *Metrolandia* (*Metroland*) (1980), sigue las aventuras de un joven que escapa de los suburbios ingleses en el París de 1968. Continuó con *Antes de conocernos* (*Before She Met Me*) (1982), un relato de celos y obsesión. Su siguiente libro, el aclamado *El loro de Flaubert* (1984), fue preseleccionado para el Premio Booker de Ficción y ganó el Premio Memorial Geoffrey Faber. Narrada por un médico retirado, Geoffrey Braithwaite, la novela combina crítica literaria, digresión biográfica y narrativa personal trágica al viajar Braithwaite a Rouen y Croisset tras la pista del célebre autor de *Madame Bovary*.

Mirando al sol (*Staring at the Sun*) (1986) es el relato vital de Jean Sergeant, desde la 2ª Guerra Mundial hasta la primera década del nuevo milenio. *Una historia del mundo en diez capítulos y medio* (*A History of the World in 10 1/2 Chapters*) (1989) explora la relación entre arte, religión y muerte, a través de una serie de relatos enlazados con imágenes de naufragios y supervivencia, mientras *Hablando del asunto* (*Talking It Over*) (1991), ganador del premio francés Fémina, es la historia de un triángulo amoroso. *El puercoespín* (*The Porcupine*), una novela política ambientada en Europa del Este, se publicó en 1992. *Al otro lado del canal* (*Cross Channe*), una recopilación de relatos cortos sobre hombres y mujeres inglesas asentadas en Francia, se publicó en 1996 y fue seguida por una oscura sátira de la cultura británica contemporánea del 'theme-park' (parque temático), *Inglaterra, Inglaterra* (*England, England*) (1998), que fue preseleccionada para el Premio Booker de Ficción.

Amor, etc (*Love, etc*) (2000), continua los relatos de los personajes ya creados en *Hablando del asunto*. También escribió una serie de relatos detectivescos bajo el seudónimo Dan Kavanagh, presentando el personaje del investigador privado bisexual Duffy.

El trabajo de Julian Barnes ha obtenido éxito tanto comercial como crítico a ambos lados del Canal, y *El loro de Flaubert* fue galardonado con el Prix Médicis (Francia). En 1995 fue condecorado Oficial de la Orden de las Artes y las Letras (Francia). Recibió el galardón E. M. Forster en 1986 de la Academia Americana de las Artes y las Letras, y el Premio Shakespeare (Alemania) de la Fundación Alfred Toepfer en Hamburgo en 1993.

Su libro *Something to Declare: French Essays* (2002), es una serie de ensayos sobre la vida y cultura francesa. Ha publicado y traducido la primera edición inglesa de la novela del escritor decimonónico francés Alphonse Daudet *En la tierra del dolor* (2002). *El perfeccionista en la cocina* (*The Pedant in the Kitchen*) (2003), fue originalmente una serie de artículos para el periódico *The Guardian*. Sus libros más recientes incluyen *La mesa limón* (*The Lemon Table*) (2004), una nueva colección de relatos de ficción donde los personajes se relacionan por su proximidad a la vejez y la muerte, y *Arthur y George* (2005), basado en la historia real de un abogado a principios del siglo XX, acusado de mutilar ganado, con la intervención de Sir Arthur Conan Doyle.

Julian Barnes vive en Londres con su esposa, la agente literaria Pat Kavanagh.

Crímenes de la memoria

por Jon Barnes (The Times Literary Supplement)

Fue el caso más curioso con el que tuvo que lidiar, para su desconcierto, la policía de Staffordshire. En febrero de 1903, en el pequeño pueblo de Great Witley, al noroeste de Birmingham, se produjo una oleada de crímenes, una orgía de mutilaciones, un baño de sangre sin causa. Los animales eran atacados por la noche... las vacas, las ovejas, los caballos, los ponis eran apuñalados, destrozados, descuartizados, desollados y ensartados con tan nefasta y pertinaz determinación que el oficial a cargo de la investigación temía por la cordura del autor de los hechos de sangre. Peor aún, sospechaba que el lunático en cuestión podía llegar a desplazar su atención de los seres de cuatro patas a los de dos; que si no se detenían sus estragos a la brevedad, muy pronto tendrían un asesino suelto. Había que encontrar al culpable de inmediato, antes de que la situación se convirtiera en una verdadera tragedia.



Tertulias Literarias

Entonces... un arresto. El hombre en cuestión era un joven abogado, el hijo mestizo del vicario parsi de la localidad. Era un torpe y retraído tipejo que todavía vivía en la rectoría con sus padres y que no parecía tener ni un solo amigo. Se llamaba George Edalji y no era la primera vez que había sido objeto del escrutinio policial. Una década atrás, cuando su familia había sido víctima de una campaña persecutoria (anónimos injuriosos, proclamas infamantes, perversas bromas de mal gusto), se había descubierto que, inexplicablemente, George era el principal sospechoso. Cuando, en la época de las mutilaciones del ganado, las cartas anónimas empezaron a aparecer una vez más, la policía aprovechó la oportunidad para reactivar sus sospechas.

Las ruedas de la injusticia avanzan con rapidez sorprendente. En octubre, George fue juzgado y condenado sobre la base de pruebas circunstanciales: por haber salido a caminar las noches de los crímenes, por poseer una navaja, porque se había encontrado barro sus botas y pelos en su chaqueta. El juez lo sentenció a siete años de trabajos forzados, una condena extraordinariamente severa considerando que el acusado del caso más oprobioso del que se tenía memoria -Oscar Wilde- había sido sentenciado solamente a dos años. Y cuando George Edalji se adaptó a la vida en la cárcel, las mutilaciones, las agresiones y las cartas anónimas no cesaron.

Finalmente fue liberado tras tres años de cárcel, sin ninguna explicación ni disculpa. Culpable y posiblemente desquiciado a los ojos de la sociedad, imposibilitado de ejercer como abogado, Edalji procuró limpiar su nombre, buscando compensación, perdón, algún reconocimiento del daño que se le había hecho.

Cuando, predeciblemente, el sistema legal se mostró glacialmente indiferente, George recurrió a la prensa y publicó una crónica de su ordalía en *The Umpire*. Así fue como el caso llamó la atención de uno de los hombres más celebrados de la época, Arthur Conan Doyle, novelista, espiritista, padre del relato policial, hombre de familia, a veces político y entusiasta aficionado al cricket, quien sabía reconocer con sólo verlo un fallo escandalosamente erróneo de la justicia y que, con la determinación y el celo de un cruzado, se lanzó a limpiar el nombre de George Edalji.

Nada de todo esto sugiere necesariamente la existencia de material fecundo para Julian Barnes. Sin embargo, Barnes ha tomado los hechos del caso Edalji para urdir en torno a ellos una larga novela: *Arthur & George*, un agudo retrato de la Inglaterra eduardiana, una disquisición sobre las tensiones entre la ley y la justicia y una convincente visión íntima de dos hombres que tenían entre sí más cosas en común de las que creían. Como en la novela anterior de Barnes, *Hablando del asunto* (1991), y en su secuela *Amor, etcétera* (2000), el relato se devana a través de una diversidad de voces y puntos de vista, que rivalizan por la preeminencia narrativa, compitiendo por la verdad. El libro marca el retorno a uno de los temas más resonantes de la obra de Barnes: la maleabilidad del pasado, la poca confiabilidad de la historia... algo que la creación más famosa de Doyle podría haber llamado "El caso del chanchito escurridizo".

"¿Cómo asimos el pasado?", pregunta Geoffrey Braithwaite, el héroe de *El loro de Flaubert* (1984), recordando un incidente que presenció en su juventud, cuando alguien soltó, en un salón atestado, un chanchito cubierto de grasa. El animal se retorció y chilló y eludió con determinación su captura mientras la gente se tropezaba, caía y adoptaba las poses más absurdas en sus infructuosos intentos de atraparlo. "El pasado -cavila Braithwaite- con frecuencia se comporta como ese chanchito."

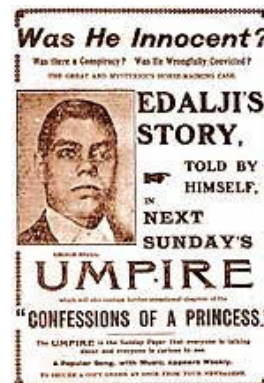
En la obra de Barnes, la historia es inherentemente poco confiable, apenas un constructo del presente. Piénsese en la larva de carcoma, un polizone que cuestiona la versión ortodoxa del Arca de Noé en *Una historia del mundo en diez capítulos y medio* (1989), o en *Inglaterra, Inglaterra* (1998), en la que se construye un elaborado simulacro de la nación en la Isla de Wight, con los grandes éxitos de la historia británica, cínica pero lucrativamente fabricados para satisfacer las demandas del turismo. Una y otra vez Barnes nos advierte que confeccionamos el pasado a medida para sentirnos mejor con nuestro presente.

Arthur & George se inicia con sus protagonistas reflexionando sobre el fenómeno de sus primeros recuerdos. Arthur se recuerda de niño, subiendo las escaleras hasta una habitación, abriendo la puerta y viendo, boquiabierto y con ojos desorbitados, lo que había en el interior: el cadáver de su abuela, huesudo y frío, "una cosa blanca, como de cera", tal como lo describió más tarde. Parece tan adecuado para el autor de las historias de Holmes, de un morboso goticismo tan apropiado, el claro origen de ese rojo ovillo de mortalidad que devanaría durante toda su vida. Pero no es también demasiado conveniente, pregunta Barnes. ¿No es sospechosamente adecuado que el primer recuerdo de Doyle sea el de algo tan macabro? ¿Por qué un cadáver y no algo más prosaico, como su madre inclinada sobre el fregadero o su padre en el baño? ¿Es posible confiar en la memoria? George, por su parte -el impasible y poco imaginativo Edalji- no tiene ningún recuerdo primero, ningún atisbo primordial de lo siniestro, ningún encuentro fundacional con lo *Unheimlich*. Se pregunta si no podrá inventarse algo.



Tertulias Literarias

Esta cualidad engañosa de la memoria -este fenómeno de los resbalones históricos- vuelve a hacerse evidente en la minuciosa reconstrucción que hace Barnes del juicio de Edalji. Su inculpación puede haberse basado en hechos meramente circunstanciales y puede haber estado cribada de contradicciones, pero resulta ser suficientemente convincente como para persuadir al jurado de la culpabilidad de George. Cuando Doyle se involucra en el asunto, empieza a construir una nueva acusación contra un residente local que, según le parece, no presenta fisuras. Las pruebas inculpadoras comprenden una colección de cuchillos ensangrentados, una experiencia en el rubro carnicería, un odio implacable hacia el ganado... pero, sometido a un examen más detallado, todo esto demuestra ser una elaboración tan desventajada y barata como la que llevó a Edalji a la cárcel. Sólo después de la muerte de Arthur emerge algo semejante a la verdad. Un viejo peón, al que nadie había considerado sospechoso nunca, confiesa haber orquestado una campaña de treinta años contra la vicaría, haber escrito cartas obscenas y haber montado elaboradas bromas de mal gusto. Pero incluso entonces, no menciona para nada las mutilaciones. El pasado sale corriendo y chillando en dirección al horizonte, desafiándonos a atraparlo.



Y en el caso de Arthur Conan Doyle, nunca escasearon los cazadores. Al convertir al escritor en su protagonista, Barnes aborda una vez más a una de las figuras más familiares de la literatura victoriana que, a diferencia del centro de atención de *El loro de Flaubert*, nunca rechazó el estrecho vínculo entre el arte y la vida del artista. Es posible que sintamos conocer íntimamente a Doyle por las numerosas biografías, por su propio libro de memorias, el disculpablemente aséptico y parcial *Memories and Adventures*, incluso por la pantalla grande, donde con frecuencia ha sido encarnado por cierto tipo de actor de carácter en general irascible. Escritores que van de Kingsley Amis hasta Stephen Fry han tratado de emular su prosa, lo que le ha ganado la curiosa distinción de aparecer como él mismo en obras que son verdaderos pastiches de su propia obra. David Pirie ha escrito una serie de efectivos relatos policiales en los que un dr. Doyle joven encarna al Watson de su excéntrico profesor universitario Joseph Bell; *The List of Seven* de Mark Frost lo muestra como un Sherlock *manqué* en un relato que funde el interés del gran hombre por la criminología y por el espiritismo para lograr un *thriller* fantasmagórico y conspirativo.

Las intenciones de Barnes son más serias, pero hay algo casi perverso en la manera en que las secuencias iniciales de la novela describen los primeros cuarenta años de la vida de Doyle, esquivando con picardía algunos de los detalles más jugosos de su biografía: el padre loco, su aprendizaje con Bell, su época de marinero a bordo del buque ballenero Hope, la creación de la sociedad de Baker Street. Pero esos acontecimientos son los que han sido explotados hasta el agotamiento por generaciones de biógrafos, hagiógrafos, historiadores y cultores del pastiche. Al eludir conscientemente la cronología establecida y presentar como punto focal de la vida de Doyle algo que en cualquier otro relato figuraría como una mera anécdota, Barnes consigue aquello en lo que todos sus compañeros perseguidores del chanchito han fracasado: hacer que el material más familiar vuelva a resultar inusual, palpable, sorprendente y real.

Sin embargo, la historia está circundada por tantas estructuras, salvedades, desviaciones, paréntesis y apartes que nunca llega a cobrar ímpetu. La crítica que ha acechado siempre la carrera de Barnes -que es más ensayista que novelista- se aplica a veces en este caso, ya que sus digresiones, reflexiones y cavilaciones filosóficas arruinan cualquier posibilidad de que la narrativa cobre convicción. Con el desdén por el género del novelista literario, descarta la posibilidad de convertir el material en un sustancioso relato de misterio, una novela policial, un drama judicial. Sin duda no es vergonzoso, ni indigno ni filisteo procurar que el lector no dé vuelta la página llevado por una tibia curiosidad, sino por el ferviente deseo de saber qué ocurre a continuación. Sospechamos que Doyle podría haber tenido algunas sugerencias al respecto.



Con un poco de imaginación, podríamos ver llegar el ejemplar de *Arthur & George* a los hogares de los dos protagonistas, enviado a Sir Arthur cuidadosamente envuelto en papel marrón, y a George Edalji, en un paquete junto con el resto de los expedientes diarios, áridos y previsibles. También es fácil imaginar a Doyle sentándose a leerlo ante su escritorio y a George acurrucado junto a la chimenea en su despacho, una vez que sus colegas se han marchado, con su ejemplar tentativamente abierto en la portada. Doyle -maestro de la trama como mecanismo de relojería, archiprofesional del género de misterio lleno de sangre y fuego-, atusándose el bigote de morsa y frunciendo un poco al ceño en los primeros capítulos, buscando su lápiz para hacer algunas juiciosas correcciones. Podemos imaginarlo tachando decisivamente esas partes divagantes que se ocupan de la primera etapa de su vida, con una actitud firme pero justa con las acotaciones ensayísticas, haciendo una mueca de ultrajado disgusto ante las ocasionales excursiones de la novela en el terreno de su propia sexualidad. Se hubiera abocado a reforzar la malevolencia de la abogacía, a hacer más emocionantes las escenas del juicio y después, llevado por el entusiasmo, a agregar una escena de persecución, un asesinato, una muchacha en peligro, un chino siniestro, un veneno letal, una lucha a muerte y por fin, una derrota inequívoca y definitiva del mal. Pero Julian Barnes nos ha ofrecido una novela más sosegada, llena de los insatisfactorios cabos sueltos y de las mezquinas injusticias de la vida real, una novela que el plácido y amable George



Edalji, volviendo las páginas de color crema junto a su chimenea, podría haber apreciado y entendido mejor... y que lo hubiera emocionado, halagado y conmovido más allá de lo expresable.

*Traducción: Mirta Rosenberg
The Times Literary Supplement*

Dos maneras de ser inglés

Por José María Guelbenzu (2007)

Julian Barnes ha recreado un suceso que influyó para que en Inglaterra se creara el Tribunal de Apelaciones hace un siglo. Una historia sobre la diferencia y la injusticia, donde sir Arthur Conan Doyle es pieza clave.

La historia que cuenta este libro es estupenda. George Edalji es el hijo mayor del párroco de un pequeño pueblo inglés. Lo extraordinario -en la Inglaterra profunda de principios de siglo- es que este párroco es de origen hindú, parsi, aunque de nacionalidad inglesa y casado con una escocesa. Esto le crea al pequeño George algunos problemas en el colegio pues a su vez morena uno el ser un muchacho solitario y formal, pero las cosas no pasan de ahí hasta que una serie de anónimos lo toman como blanco y comienza una persecución en la que una matanza de animales de las granjas vecinas, la inquina de la policía local, la prensa sensacionalista y las circunstancias hacen que George sea juzgado y condenado a trabajos forzados. En realidad se trata de un cúmulo de errores, torpezas e incuria a los que no es ajena la xenofobia; pero George -para entonces un joven abogado en ejercicio- no cree que haya racismo por medio y no lo cree porque lo único que desea es ser inglés, absolutamente inglés, y considera imposible que estas diferencias puedan ser consideradas en la Inglaterra a la que tanto su padre se enorgullece de pertenecer. Esta ingenuidad, unida a su aprecio por la formalidad y el orden, su carácter retraído e incluso su soltería, apoyan un carácter impensadamente fuerte con el que soporta la estancia en la cárcel hasta que llega la libertad condicional.

A todo esto, un grupo de gentes honestas e indignadas han iniciado una lucha por la revisión de un proceso tan notoriamente falseado, y un buen día George envía un relato de los hechos a Arthur en procura de ayuda. Arthur, digámoslo pronto, es sir Arthur Conan Doyle, un caballero y deportista cuya divisa es "hoja recta, acero auténtico" y es el creador, como el lector bien sabe, de Sherlock Holmes. Conan Doyle se informa sobre el caso, monta en cólera y decide luchar hasta el final por lograr la revisión del proceso, la reivindicación de George Edalji y una indemnización por los tres años pasados en el penal.

La novela no sólo plantea una intriga resuelta con verdadera pericia y planteada con toda clase de detalles perfectamente tramados sino que, además, hace unas creaciones de personajes magníficas. En primer lugar, Arthur y George, que se desarrollan en paralelo desde la infancia hasta su muerte. Toda la primera parte es una impecable exposición de los protagonistas y de la situación, hecha con agilidad y buen ritmo. La segunda se centra sobre todo en el caso de las atrocidades de Great Wyrley -de las que es acusado George- y del proceso, descritos con minuciosidad y conocimiento, y se cierra con la complicada historia familiar de amor y lealtad de Conan Doyle, que lo sume en una atroz preocupación que sólo empieza a disiparse gracias a su vehemente intervención en el caso Edalji. Esta intervención es la que cubre la tercera parte hasta que llega a su fin y se cierra con la boda de Conan Doyle y Jean Leckie. Y aún queda una sustanciosa y divertida parte final que el lector recibe con verdadera satisfacción.

El libro está tan cuidado que ya en la primera parte Barnes separa las vidas de los dos protagonistas incluso aplicando a uno el tiempo verbal de presente y al otro el imperfecto. Y con ese mismo cuidado desarrolla dos caracteres antagónicos: el hombre a quien horrorizan las diferencias (George) y el hombre que fundamentalmente aprecia las diferencias (Doyle); el hombre que aspira a una vida pulcra y recela de la alegría y el deportista y viajero; el razonable abogado que respeta el sistema que lo condena (aunque no la injusticia) y el impetuoso creador literario. Ambos se enfrentan a un problema personal: George a su posición en la vida inglesa que tanto ama; Arthur a una compleja historia de amor que sacude toda su fibra moral. Y es justo en este doble dilema donde Barnes pone el acento para extraer toda la sustancia de dos tipos y dos concepciones de vida y los rodea de un conjunto de personajes secundarios muy bien trazados que arropan esta historia que es también una demoledora crítica de la actuación de una policía anclada en la necesidad de encontrar un culpable antes que de hacer justicia, del orden establecido sobre el individuo que tiene la desgracia de convertirse en chivo expiatorio y de la incapacidad de asumir el error por parte de la clase política.

Julian Barnes -que aquí cuenta no como un narrador literario sino más bien como un cronista, y a veces relata con alguna premiosidad, pero siempre con gracia- nos regala un libro muy bien armado y resuelto que se disfruta con entusiasmo. Es lo que tiene el pertenecer a una tradición novelística tan sólida como la anglosajona.



George Edalji

George Edalji era el hijo mayor de los tres hijos de Shapurji Edalji y Charlotte Stoneham. Su padre era de origen asiático y su madre escocesa. George Edalji fue abogado en Birmingham los primeros años del siglo XX. Fue un estudiante destacado en la escuela de leyes y ganó premios de la Law Society. Escribió el libro de leyes ferroviarias que pretendía ser una guía para el usuario de ese tipo de transporte.

El padre de George era un Parsi que se convirtió en vicario en la década de 1870 en el área de Great Wyrley en Staffordshire. La gente de Great Wyrley no aceptó al padre de George Edalji al no entender que una persona de origen asiático pudiese ser ministro de la iglesia cristiana. En octubre de 1903 George fue acusado sin pruebas de mutilación de caballos y condenado a una pena de 7 años de presidio. La policía de Staffordshire estaba convencida que sacrificaba los caballos como ofrenda a divinidades extranjeras aunque la evidencia resultó ser falsa. El hecho de que la familia de Edalji fuese cristiana hacía improbable que pudiese ser culpable de tal acto. La policía semeja haber dedicado la mayor parte de sus esfuerzos a probar que George Edalji era el culpable en lugar de buscar al auténtico culpable. Cuando acaeció el incidente, la policía acudió directamente a la casa de Edalji desde el campo donde fue descubierto el animal antes de realizar ninguna otra investigación.



Antes del incidente, la familia había recibido falsas cartas y habían sufrido otros tipos de acoso. Igualmente, el jefe de policía de Staffordshire no mostró una actitud comprensiva hacia la familia puesto que 'consideraba a los negros poco menos que bestias'. Creía que George Edalji era responsable de escribir las cartas contra su propia familia y no actuó. De todos modos, las cartas anónimas y las mutilaciones a caballos continuaron durante el período que George pasó en prisión.

Finalmente fue puesto en libertad en 1906 tras los esfuerzos acometidos por R.D. Yelverton, que había trabajado como Jefe de Justicia en las Bahamas y otros que defendieron la causa. Incluso tras su puesta en libertad no fue indultado y fue puesto bajo vigilancia policial. A resultas de lo cual, Arthur Conan Doyle decidió intervenir en el caso. Probó que George Edalji no podía haber sido culpable. Los resultados de su investigación fueron enviados al Daily Telegraph y al Ministerio del Interior. Así el Ministerio creó un comité para reexaminar el caso. Las investigaciones del comité llevaron a la conclusión de que George Edalji había sido acusado erróneamente de mutilación de animales. Pero, incluso tras este resultado George no fue nunca indemnizado por los tres años pasados en prisión y siguió siendo considerado culpable de escribir las cartas contra su familia.

En un informe escrito por el Honorable Sir Arthur Wilson, el Honorable John Lloyd Wharton y Sir Albert De Rutzen se mostraron de alguna manera comprensivos hacia el caso de George Edalji. De todos modos, siguieron acusándole de provocar los cargos hacia sí mismo. El informe proporciona un resumen detallado de las evidencias utilizadas contra George Edalji y la debilidad de las mismas. Este informe fue enviado al Secretario de Estado, H. J. Gladstone quien declaró en su respuesta que aunque deseaba el indulto para Edalji no pensaba que el caso garantizase la provisión de ninguna indemnización.

Arthur Conan Doyle



(1859-1930), médico, novelista y escritor de novelas policíacas, creador del inolvidable maestro de detectives Sherlock Holmes.

Conan Doyle nació el 22 de mayo de 1859 en Edimburgo y estudió en las universidades de Stonyhurst y de Edimburgo. De 1882 a 1890 ejerció la medicina en Southsea (Inglaterra). *Estudio en escarlata*, el primero de los 68 relatos en los que aparece Sherlock Holmes, se publicó en 1887. El autor se basó en un profesor que conoció en la universidad para crear al personaje de Holmes con su ingeniosa habilidad para el razonamiento deductivo. Igualmente brillantes son las creaciones de los personajes que lo acompañan: su amigo bondadoso y torpe, el doctor Watson, que es el narrador de los cuentos, y el archicriminal profesor Moriarty.

Conan Doyle tuvo tanto éxito al principio de su carrera literaria que en cinco años abandonó la práctica de la medicina y se dedicó por entero a escribir.

Basándose en los personajes creados por Arthur Conan Doyle, Billy Wilder dirigió en 1970 la coproducción inglesa-norteamericana *La vida privada de Sherlock Holmes*. En el periodo 1943-1945, el director norteamericano Roy William Neil había filmado por lo menos ocho películas basadas en personajes y textos de Conan Doyle, entre ellas *La mujer araña* (1944).

Los mejores relatos de Holmes son *El signo de los cuatro* (1890); *Las aventuras de Sherlock Holmes* (1892); *El sabueso de los*



Tertulias Literarias

Baskerville (1902), también conocido como *El perro de los Baskerville*, llevado al cine por Terence Fisher en 1959 y por Paul Morrissey en 1977; y *Su último saludo en el escenario* (1917), gracias a los cuales se hizo mundialmente famoso y popularizó el género de la novela policiaca. Surgió, y todavía pervive, el culto al detective Holmes. Gracias a su versatilidad literaria, Conan Doyle tuvo el mismo éxito con sus novelas históricas, como *Micah Clarke* (1888), *La compañía blanca* (1890), *Rodney Stone* (1896) y *Sir Nigel* (1906), así como con su obra de teatro *Historia de Waterloo* (1894).

Durante la Guerra Bóer fue médico militar y a su regreso a Inglaterra escribió *La guerra de los bóers* (1900) y *La guerra en Suráfrica* (1902), justificando la participación de su país. Por estas obras se le concedió el título de sir en 1902. Durante la I Guerra Mundial escribió *La campaña británica en Francia y Flandes* (6 volúmenes, 1916-1920) en homenaje a la valentía británica.

El creador del personaje de Sherlock Holmes tomó partido en defensa de un abogado de origen hindú acusado de la mutilación de animales en un pequeño pueblo de la Inglaterra profunda. Conan Doyle investigó el caso tras la campaña a su favor de su familia y el dueño del bufete en que trabajaba y llegó a la conclusión de que George Edalji no podía ser el culpable de la mutilación. Inglaterra tuvo así también su caso Dreyfus: y así como a Dreyfus le defendió Zola, en defensa de Edalji salió otro escritor célebre, sir Arthur Conan Doyle. Dreyfus ha pasado a la historia como prototipo de inocente condenado por un tribunal injusto. No así George Edalji, olvidado a los pocos años.

La muerte en la guerra del hijo mayor de Arthur Conan Doyle lo convirtió en defensor del espiritismo y se dedicó a dar conferencias y a escribir ampliamente sobre el tema.

Su autobiografía, *Memorias y aventuras*, se publicó en 1924.

Murió el 7 de julio de 1930 en Crowborough (Sussex).

Fontes:

<http://www.contemporarywriters.com/authors/?p=auth1> (en inglés)

<http://www.lanacion.com.ar/890073>

http://www.elpais.com/articulo/semana/maneras/ser/ingles/elpepuculbab/20070203elpbabese_10/Tes

<http://www.birmingham.gov.uk/edalji.bcc> (en inglés)

http://www.edicionesdelsur.com/conan_doyle.htm

<http://www.eolapaz.com/domo-libros/libro-artur-george.htm>

Biblioteca Central Rialada
Avenida Rosalía de Castro 227 A
15172 – Perillo (Oleiros)
Tfno.: 981 639 511
Fax: 981 639 996
Email: biblioteca.rialeda@oleiros.org
Blog: <http://bibliotecasoleiros.blogspot.com/>